



(La Peña Sacra.)

EL HOMBRE DE NIEVE. (1)

La infancia es en todas partes y siempre la edad feliz de la vida; todas las estaciones, todas las latitudes la convienen y la pagan el tributo de placeres. Observad, en medio de los horrores del invierno, á esos pastores suizos: durante la noche ha caído una abundante nevada, de modo que les ha llegado la felicidad mientras dormían; por la mañana han pisado la blanca alfombra para dirigirse á la escuela, y ¡cuántas distracciones, cuántos cuchicheos durante la clase! Han leído al revés las páginas del libro, se han equivocado en las cuentas, han echado en las planas borrones sin cuento.... porque solo pensaban en la gran cuestión del día, en el proyecto meditado para la hora de la salida, en la construcción del Hombre de nieve. Nunca les han parecido tan largas las horas.

El maestro por fin licencia su impaciente tropa; todos se agrupan á la puerta, todos corren, todos gritan: «Aquí.... allá.... no.... mas abajo....» Entre tanto la nieve ha adquirido consistencia, y sin embargo los muchachos necesitan su punto de apoyo para modelar el gigante: elijen pues un sitio á propósito para arrimarlo á la pared, y sin perder momento comienza la faena. Recogen nieve, la empetonan, la echan á rodar y la reunen; la base va elevándose poco á poco. Una madre y varias hermanas los observan, y se rien del que sopla sus entumecidas manos ó levanta una pierna embotada. Allí no hay otros espectadores que animen á los operarios con sus elogios ó sus miradas, y á pesar de todo, cuanto mas adelanta el trabajo, mas se escita el ardor de los escultores.

Pero las dificultades son inmensas cuando se trata de colocar una cabeza sobre aquellos miembros enormes. La cohorte se prepara á tomar carrera, y aprovecha la disposición del terreno para saltar por detrás hasta los hombros del Goliath: por último se modelan gradualmente el pescuezo y la cabeza, y es de ver el empeño y la barahunda que se arma sobre quién *hará los ojos* al Ogro y la boca de Gargantua que debe caracterizarlo: la construcción de la nariz de troncho de col es materia de reñidas disputas.

La escoba que ha servido para reunir los materiales destinados á la obra, se convierte en insignia del muñeco descomunai, porque es imposible que viva hecho un haragan ó un perdlulario, sin oficio ni

beneficio; tendrá por lo tanto en lo sucesivo el cuidado de las veredas que conducen á la aldea.

Su cabeza aparece cubierta con una banasta, y las carcajadas estallan á derecha é izquierda, al verle ostentar con grave y severo continente aquel sombrero burlesco. Como personaje frio, benigno y manso, permite que se tomen con él las mayores libertades, aguantando con paciencia que el mas pilluelo y atrevido de todos le adorne la frente con una rama de acebo, emblema irónico y mentido, porque no existe en el mundo grandeza tan pasajera como la del Hombre de nieve. Si sale con bien de los destructores caprichos de aquellos mismos que lo han formado con sus propias manos, no resistirá, de seguro, á las brisas de la primavera;

Pues su duracion es breve
Aunque le cuentan eterno,
Y vive... lo que la nieve...
El espacio de un invierno.

Acerca del hombre de nieve se citan muchas leyendas en el país de los lagos y de las montañas. Hé aquí una muy en boga en L.... al pié de los altos Alpes.

Varios aldeanillos, como los nuestros, habian construido su coloso, y ya se preparaban á ponerle un ramillete descomunai, cuando pasó por allí la vieja Lisbeth hecha una roca con el peso de un enorme haz de ramas secas. Mucho le habia costado reunirlo, porque no habia cesado de nevar, de modo que lo que causaba el placer de los muchachos habia costado no pocos suspiros á la pobre viuda.

Al pasar dirigió una mirada al monstruo, y reparando al mismo tiempo en el nieto de una de sus amigas, ya difunta, le dijo:—¿Qué fantasma es ese que teneis ahí, amiguito Frantz?—A lo que el chico contestó con desparpajo:—tia Lisbeth, es vuestro marido que viene á buscaros.—¡Ojalá! repuso la vieja entre las risotadas de los muchachos. Pero cuando hubo cesado el barullo, Lisbeth, que se habia detenido delante de Frantz, le dijo con acento cascado y tembloroso:—hijo mio, acabas de ofender á una pobre anciana, y ella no solo te perdona, sino que pide á Dios que tambien te perdone. No juguemos sin embargo con la muerte, pues si bien puedo ir á reunirme con mi querido Sigrist antes que se derrita vuestro Hombre de nieve, no soy aquí, por desgracia, la única á quien amenaza la muerte. Dios os conserve á todos: entre tanto, adios, hijos míos; sed prudentes y regocijaos.»

Un silencio profundo acogió las palabras de la buena muger, y el 19 DE OCTUBRE DE 1851.

(1) Véase la lámina en el número anterior.

strépito y la algazara solo comenzaron de nuevo mucho después que la vieron alejarse. Pero Frantz tenía ya remordimientos, y así fué que no volvió á reírse ni á alborotar y se retiró antes que todo.

A decir verdad, las palabras que había pronunciado no eran propias de su edad ni de su carácter, de modo que él mismo se admiraba de lo que había dicho. No parece algunas veces sino que un demonio se apodera de nosotros y nos gobierna. Nos agitamos, hablamos como si estuviésemos sometidos á una influencia diabólica, y cuando recordamos nuestras faltas, creemos soñar. Y con todo el mal está ya hecho y tenemos que aceptar la responsabilidad, porque ningún corazón noble puede permanecer tranquilo, ni descansar en esta escusa: «el demonio me ha tentado.» Sin saber Frantz profundizar estos misterios, se reconocía culpable, y estuvo pensativo toda la tarde en un rincón del hogar.

Su madre, la compasiva Margarita, que no tenía mas hijos, le observó silenciosa y dedujo que le aquejaba algún cuidado; pero á todas sus preguntas respondió él con viveza: «Madre, pido á V. por favor que me despierte mañana antes de la hora acostumbrada, porque tengo que cumplir un deber antes de ir á la escuela.—Y como después de esta petición vió Margarita que su hijo tornaba á su anterior alegría, no formó empeño en saber cuál era la ocupación á que quería entregarse por la mañana.

Al día siguiente, en vez de necesitar que le llamasen varias veces, según costumbre, para levantarse, lo hizo de un salto, se vistió al momento y salió de su casa. Había caído otra nevada durante la noche, y los caminos estaban intransitables.—Tanto mejor, dijo el hijo de Margarita, pues mi cansancio será mayor, y á fé que merezco ser castigado; además, estoy seguro de que con este tiempo no podrá hacer Lisbeth lo que yo me propongo.

Y una hora después, Frantz, cargado con un haz de leña que había juntado en el bosque inmediato, entreabría la puerta de Lisbeth y decía á esta, al paso que colocaba su carga en la cocina:—Os traigo leña, porque el tiempo está muy malo y no podeis salir.—En seguida se retiró sin dejar á la vieja el tiempo necesario para divisar á su favorecedor.

Pero había reconocido su voz, y además tenía demasiada experiencia y penetración para dejar de adivinar que el que la servía entonces, era el mismo que la había insultado el día antes. Después de la falta llegaba el arrepentimiento. Lisbeth, por consiguiente, no dudó de que fuese Frantz su proveedor de leña.

Volvió á abrirse la puerta á la siguiente mañana; depositaron otro haz en la cocina, pero nadie pronunció una palabra.—«El es,» dijo la vieja proponiéndose estar al acecho en lo sucesivo. Frantz sin embargo fué mas listo, porque mientras la viuda retiraba del fuego la leche hervida, arrojó el haz y huyó antes que ella pudiese verlo.—¿Cuándo acabará esto? murmuró al fin tan asombrada como agradecida.

Al cuarto día consiguió por último sujetar al traviesillo, que forcejeaba como un desesperado.—«Entrarás, le dijo, ó de lo contrario no quiero tu leña, ya que no admites las gracias. ¿Qué quiere decir esto? añadió, teniéndolo ya seguro.—Que necesito perdón, madre mia.—Ya lo tienes, desde que soltaste ayer aquellas palabras. ¿No te lo dije?—¿Y estoy seguro de que Dios también me perdona?—¿Crees que no es tan bueno como yo?—Le creo mas justo, madre mia.—Pues yo te digo que tu leña pesará en la balanza mas que tus palabras.—Y con todo son para mí una carga mayor que las que he traído á V. estos días.—Vete tranquilo, hijo mio: cuanto mas sincero es el arrepentimiento, tanto mas asegura la gracia.—Pues bien, madre mia; basta mañana.—No, querido; no quiero mas: basta con lo que has hecho.

Frantz se sonrió al salir, é hizo una seña á Lisbeth como dando á entender que la desobedecería. Sin embargo, no volvió al otro día, y la vieja no pudo menos de sorprenderse, pues ya contaba con que su amiguito persistiría en su propósito de llevarla la leña. Quería saber el motivo de su falta, pero al mismo tiempo dijo:—Si trato de informarme, le daré á entender que le esperaba.—Esta consideración la contuvo y no salió de casa en todo el día.

Al siguiente tampoco se presentó Frantz: el tiempo á la verdad era horrible, pues soplaba un viento furioso y caían torbellinos de nieve.—«Nada de esto le ha detenido,» pensó la buena muger, y estuvo esperando el instante en que una clara, como suele decirse, la permitiese ir á saber noticias. Al anochecer se aumentó su inquietud, cuando vió pasar al padre de Frantz apresurado, en compañía de un hombrecillo rechoncho y barbudo, á quien la pobre Lisbeth conocía demasiado.

—¿Algun enfermo hay en casa de Matias, murmuró, puesta de codos en la ventana. ¿Habrán llamado á Juanillo para algún cuadrúpedo ó para algún cristiano? ¡Dios quiera que no entreguen el cuerpo de Frantz á ese charlatan! Porque sabe echar una herradura á un caballo y sangrar una vaca, se empeña en curar al género humano. ¡Ah, pobre Sigrist! Si no hubieras hecho caso de sus remedios, estarías hoy entre los vivos.

Después de hacer estas reflexiones, salió Lisbeth de su casa y se fué, no sin trabajo, á la de un vecino, con el objeto de averiguar positivamente lo que acontecía en la de Matias. Sus temores eran demasiado fundados, pues Frantz se hallaba enfermo y Juanillo debía ser su médico. La buena muger no pudo contenerse, y á pesar de que el piso de la calle era pésimo, echó á andar hacia la habitación de Matias: apenas podía sostenerse, cuando llegó al sitio en que se hallaba el Hombre de nieve, cuyo aspecto acabó de aniquilar sus fuerzas.

Necesitamos decir, para disculpar su debilidad, que los muchachos habían imaginado colocar al monstruo una hoz vieja en vez de la escoba, y en lugar de banasto un pino joven, cuyo tronco fijaba la cabeza y el pescuezo al cuerpo, y cuyas ramas, cubiertas á la sazón de nieve, formaban una especie de penacho fúnebre sobre aquella enorme cara. ¿No era este motivo suficiente para temblar, con la disposición de espíritu que atormentaba á la vieja, de noche, bajo un cielo enceniciento, y con el recuerdo de lo que se había dicho pocos días antes delante de aquel fantasma?

¡Dios mio! ¡Que no se cumplan mis tristes profecías! exclamó Lisbeth temblando de angustia mas que de frío. Llamó en seguida á un vecino caritativo, quien la sostuvo y la condujo, en vista de sus ardientes súplicas, á casa de Matias. Entró sin anunciarse, y se sentó en un rincón sombrío para reponerse. Nadie la vió, porque todos se hallaban demasiado ocupados con el enfermo. Después que recobró sus fuerzas, acercóse poco á poco á la cama del enfermo, que estaba en una pieza inmediata. Entonces pudo observar al pobre Frantz á sus anchuras, porque Juanillo se ocupaba en dar órdenes, que los parientes ejecutaban precipitadamente.

Dirigió algunas preguntas al muchacho, y este contestó maquinalmente, sin conocer á la persona que le hablaba; le cogió las manos, y le tomó el pulso; dolor de cabeza y de garganta, fiebre ardiente y estremecimientos. Alejóse de allí meneando la cabeza, y volvió á la cocina para enterarse del remedio que estaban preparando con tanto aturdimiento, y vió que calentaban medio cuartillo de vino, cuya calidad apreciaba el hombrecillo vaciando en su estómago el otro medio.

—No le dareis eso, gritó Lisbeth, y esta exclamación que estremeció á todos, fijó sobre ella la atención de la familia y la del doctor.—No; no se lo dareis, repitió con mayor energía.—¿Y por qué no, tia Lisbeth? replicó el albeitar.—Porque seria un veneno para ese pobre niño.—¿Veneno! ¿Soy por ventura envenenador?—Tío Juan, la viuda de Sigrist no puede gastar cumplimientos.—No hagais caso de ella, dijo el hombrecillo al padre, y haced lo que he prevenido, pues de lo contrario de nada puedo responder.—Sigrist hizo tambien todo lo que mandásteis y.... Pero no hablemos de lo pasado, tío Juan, si lo pasado nos inspira la prudencia necesaria.—¿Queréis enseñarme mi obligación, tia Lisbeth?—Vuestra obligación es atender á los establos y á las cuadras. En cuanto á eso nada tengo que decir: sangrad y purgad á los animales....—Tia Lisbeth, exclamó la madre alarmada con aquel alterado, dejad obrar al tío Juan.—Y tanto mas, repuso este, cuanto que se trata de reparar el mal que habeis causado, porque según he oído, el muchacho se ha enfriado recogiendo leña en el bosque para vuestra cocina.—¿Con que se ha enfriado? ¿Con que no conoceis que Frantz tiene viruelas? He visto muchos en igual caso y he salvado á algunos con mis cuidados, para tener derecho de hablar. Si, Margarita, tu hijo está con viruelas, y si le dais ese brevahe caliente, le matareis.

Margarita no sabía qué partido tomar, pero se inclinaba á proscribir el vino, porque al fin, decía, esto es lo mas seguro. El padre echaba al diablo la vieja, y quería propinar al enfermo la bebida. Con esta intención alcanzó del vasar una escudilla de barro, pero se le cayó de las manos haciéndose pedazos; fué á buscar otra, pero entre tanto empezó á arder el vino, y Juanillo que acudió á soplar para apagarlo, sin poder conseguirlo, se quemó las barbas.

—Matias, dijo la madre, convencida por estos dos accidentes, aunque sin hacer gran caso del que hacia blasfemar á Juanillo, te suplico que creamos á Lisbeth, á la amiga de mi madre, á la que tantas veces ha acunado á nuestro hijo; dejemos descansar á este hasta mañana.—El padre consintió en ello.

¿Es decir, que ya no me necesitais? dijo con mal humor el veterinario, mesándose la barba chamuscada; pues bien; buenas noches.—Y en seguida se marchó, sin querer oír nada y con el vivo resentimiento de su dignidad ofendida.—Tranquilizaos, amigos míos, dijo Lisbeth después que se hubo cerrado la puerta. Yo no soy médico, ni pretendo darme humos de doctor, ni recetar remedios para vuestro hijo. Quitadle no obstante esa manta que le sofoca, tapadle con moderación, ventildle un poco ese cuarto dejando abierta la puerta de la cocina, y si tiene sed, dadle una escudilla de agua de flor de malvas. Por lo demás, que obre la naturaleza, pues he oído á un hombre muy hábil, á un verdadero médico, que para los casos como el presente, lo mejor de todo es dejar que la enfermedad siga su curso.

Lisbeth había juzgado bien; Frantz tuvo viruelas, y sus padres

pasaron días y noches en la mayor inquietud. La vieja no abandonó al enfermo, aunque sin presentarse á su vista, por no despertar en su imaginación recuerdos penosos. Una noche que Lisbeth volvía á su casa durante el deshielo, los rayos de la luna rasgaron las nubes, cuando llegaba precisamente al Hombre de nieve. Vió grandes ruinas; la cabeza con su sombrío adorno había rodado hasta el camino; la hoz había seguido el mismo rumbo, y el monstruo solo presentaba una masa informe y confusa. Esto regocijó á la pobre mujer.—El fantasma está vencido, murmuró prosiguiendo su camino. Esto no obstante, tenía mayores esperanzas en las súplicas que dirigía al cielo todas las noches. Y el cielo las oyó, pues Frantz entró poco después en el período de convalecencia.

Una cortinilla verde le ocultaba la luz por las noches, y al mismo tiempo la persona que velaba cerca de su cama.—Madre, dijo una vez, ¿he estado malo mucho tiempo?—Tres semanas, hijo mío.—¿Y qué habrá sido durante ese tiempo de la pobre Lisbeth? Habrá creído que la he olvidado. Nada de eso, madre mía. ¡Cuántas veces he soñado con haces y con ramas! Ya veo que tardaré en reparar el tiempo perdido; pero va V. á hacerme el favor de enviar á la pobre viuda veinte haces de mi parte, pues yo los traeré del bosque cuando esté bueno. ¿Sabe V. que si estoy vivo, lo debo tal vez á sus oraciones? Yo la insulté, me lo hizo ver, y Dios habrá tenido piedad de mí.

Frantz no sabía las nuevas obligaciones que debía á Lisbeth, é ignoraba que hablaba á esta misma en aquel momento, mientras descansaba Margarita. Pero oyendo sollozar á su lado, entreabrió la cortinilla y reconoció á su anciana amiga, la que sin atender á las señales del mal que ofrecía el rostro del muchacho, lo estrechó contra su seno. Frantz entonces la preguntó sonriéndose:—¿Y el Hombre de nieve? ¿Cómo lo pasa?—Ya no existe, hijo mío: la cabeza y la hoz han venido á tierra.—¿Y podré todavía hacer otro este invierno?—Sin duda, por poco que dure el frío.—¿Y qué le pondremos?—Le tejerás una corona con rosas de los Alpes.—¡Ah! En efecto, y haré mas.—¿Qué?—Le pondré sobre los hombros un haz de leña, para recordar mi falta, mi arrepentimiento y mi curación.

TEATRO DE TIRSO DE MOLINA.

La suerte que en el concepto público ha cabido según la diversidad de los tiempos, al rico y admirable repertorio dramático del Maestro Tirso de Molina, es una de las mas raras y contradictorias de que ofrece ejemplo nuestra literatura. Acogido con inequívocas muestras de entusiasmo á su aparición en la escena, en la que sin embargo tenía que luchar con la formidable competencia del gran *Fénix de los ingenios*, el inagotable Lope de Vega, y mas tarde con la de Calderón, Moreto, Rojas, Montalván y otros ciento, todavía el génio inmenso y atrevido de Tirso halló recursos propios, medios infinitos de colocarse á tan grande altura, que á no haber mediado la prodigiosa fecundidad y el irresistible prestigio de Lope, la pública opinión le hubiera colocado en el primero y mas señalado lugar de nuestra escena patria.—Conocidas son generalmente las dotes especiales que distinguen á este grande ingenio de todos ó de casi todos nuestros autores dramáticos, su peregrina invención, su chiste y agudeza, su fácil y sonora elocución, y la riqueza y variedad de su espresion y estilo; y tanto por aquella razon como por no dar á estas líneas mayor espacio del conveniente, omitimos por ahora engolfarnos en aquel grato analisis, ó mas bien en aquel obligado panegírico. Baste á nuestro propósito decir que las comedias del *Maestro Tirso de Molina* obtuvieron en vida suya, no solo el aplauso y entusiasmo popular, sino la especial acogida y el apasionado encomio de los grandes ingenios contemporáneos, que en las aprobaciones que dieron de aquellas para la impresion, en los prefacios de algunas de sus obras, y en la dedicatoria que hicieron de las propias al gran Maestro, se deshacen á elogios de su ingenio y fantasía (1).

Todos aquellos encomios, todo aquel favor público que en la primera mitad del siglo XVII y en vida suya obtuvo el ingenioso y picaresco Tirso de Molina, fueron desapareciendo ó eclipsándose desde que escondido su autor en la austeridad de un cláustro, renunció á su poético nombre adoptivo, para presentarse en el púlpito, en la cátedra y en obras de erudición y de historia eclesiástica, con el verdadero de el Reverendísimo Padre Maestro Fray Gabriel Tellez, presentado, difinidor y coronista de la orden de la Merced calzada, redencion de cautivos.

Coincidió con este voluntario retiro, y sin duda contribuyó gran-

demente á aquel injusto abandono de la opinion pública, la aparición en la escena de la mágica musa de Calderón de la Barca, que dando á sus argumentos mas regular artificio, retratando caracteres altamente simpáticos y originales, y prestando á su estilo todas las galas de la imaginación española, subyugó completamente el gusto del público, y arrancó á Lope de Vega la palma de padre y creador de la verdadera comedia nacional.—Sin embargo, preciso es confesar que el mismo Calderón y todos los demás ingenios contemporáneos aprovecharon muchas veces harto ilícitamente la feliz invención, riqueza y variedad de Tirso para imitar y copiar al severo religioso que procuraba olvidar con trabajos ascéticos, y con obras de penitencia, las *cuatrocientas comedias* que según su testimonio, había escrito en sus años juveniles, y en las cuales, si de algo tenía que arrepentirse, era sin duda alguna de exceso de malicia y sobrado colorido de liviandad.

Calderón, adoptando el pensamiento de *El celoso prudente* de Tirso, y mejorándolo, sin duda, en su excelente comedia *A secreto agravio secreta venganza*, y en la de *Los cabellos de Absalón* la de *La venganza de Tamar*; Moreto, robándole *La villana de Vallecas*, *La ventura con el hombre*, *El castigo del pensó que*, *Cautela contra cautela*, y otras, en la *ocasion hace al ladrón*, *El parecido*, *El rico hombre* y *El mejor alcalde el rey*; Montalván, imitando *Los amantes de Teruel* de Tirso, y Matos la *Firmeza en la hermosura*, con el título de *Ver y creer*, y *La eleccion por la virtud* con el de *El hijo de la piedra*; Zárate la de *Palabras y plumas* en *Quien habla mas obra menos*; Monroy, el *Aguiles*, en *El caballero dama*; y varios nacionales y extranjeros, adoptando la famosa creación de *El burlador de Sevilla* y *Convidado de piedra*, no solo parece que se conjuraron todos á despojar de su legitimo caudal al padre Tellez, sino que mejorando las mas veces el artificio de sus argumentos, hicieron olvidar su primitivo autor, que es lo que según decia Voltaire, equivale á robar y matar.

Y tanto lo consiguieron, que en el transcurso de casi dos siglos apareció el respetable nombre de Tirso de Molina envuelto en la mas densa niebla, y sus obras dramáticas absolutamente desterradas de la escena y aun desconocidas de los críticos eruditos.—De las circunstancias de su vida, solo llegó á estamparse la presuncion de que fué natural de Madrid (asi lo afirman Montalván en su *Para todos*, y Baena en sus *Hijos ilustres de esta villa*, y se infiere ademas de su propio testimonio), y que pudo nacer hacia 1570; que escribió en su primera edad (según su sobrino D. Francisco Lucas Avila, editor de sus obras), hasta cuatrocientas comedias, y que hacia 1620 ó antes profesó en la orden religiosa de la Merced calzada, en la cual fué presentado, y maestro en Teología, predicador de mucha fama, coronista general de la misma, definidor de Castilla la Vieja, y por último que en 29 de setiembre de 1645 fué elegido Comendador del convento de Soria, donde se cree que murió en febrero de 1648.—De sus celebradas obras dramáticas (cuyo número queda arriba dicho), solo han llegado hasta nosotros los cinco tomos ó partes publicadas en vida del autor por su sobrino desde 1616 á 1636, las cuales contienen cincuenta y nueve comedias, y los entremeses, que con las tres comprendidas en el libro titulado *Los cigarrales de Toledo*, y otras impresas sueltas, ó en la *Coleccion de varias conocida por Las partes*, componen un total de setenta y ocho á ochenta comedias que son las que se espresan en la adjunta lista alfabética.—También hemos llegado á conocer el citado libro de *Los cigarrales*, y otro de novelas y de versos con el título de *Deleitar aprovechando*. La historia ó *Crónica de la orden de la Merced*, que también escribió, se conservaba aun manuscrita en la biblioteca del convento de Madrid, donde la vimos antes de la supresion de aquella comunidad.—Allí debían obrar tambien otros escritos y noticias del padre Tellez; pero supimos entonces que el reverendísimo padre Martínez, general que fué de dicha orden hacia 1828, y posteriormente obispo de Málaga, tenía escritos unos apuntes de la vida de aquel insigne autor, y sin duda cogió al efecto todos los datos que pudo haber á la mano.—Con la muerte del padre Martínez todo se perdió después, asi como se habian perdido antes, en tiempo de la invasion francesa, los que debieron existir en el convento de Soria, y el retrato del padre Comendador.

De todos modos, y sea por la causa que se quiera, es lo cierto que el nombre y la memoria de Tirso y de sus obras permaneció mas de siglo y medio en tan completo olvido, que en vano se buscarian unidos á él trazas de popularidad, y ni aun siquiera de conocimiento de parte de los eruditos y críticos mas autorizados. Luzán, Montiano, los dos Moratines, Signorelli, Andrés, Butervek, Sismondi, y todos los demás que han escrito la historia de nuestro teatro en todo el pasado siglo y principios del actual, apenas le nombran, y se supone que le desconocieron completamente.—Huerta no comprendió una siquiera de sus comedias en su *Coleccion del teatro español*, y el público, en fin, que asistía al teatro y que sabia de memoria las relaciones del *Tinarrca* y de la *Vida es sueño* de Calderón, del *Desden* y del *Rico hombre* de Moreto, del *García del Castañar* de Rojas, de la *Toquera viscaína* de Montalván, de las *Mocedades del Cid* de Guillen de Castro, del *Dómíne*

(1) Véanse los que le tributa Lope de Vega en el prefacio de la obra de Tirso titulada *Los cigarrales de Toledo*, y los versos que le consiguó en su *Laurel de Apolo*, así como la dedicatoria que le hace de su comedia titulada *Lo fingido verdadero*. Igualmente la espresiva aprobacion de Calderón, estampada al frente de la quinta parte de las comedias de Tirso; y las entusiastas espresiones con que Montalván le califica en su *Para todos*, al colocarle entre los grandes ingenios mercedinos.

Lucas y el Hechizado por fuerza de Cañizares y Zamora, y que aplaudía con frenesí el *Diablo predicador*, el *Triunfo del Ave María*, y los abortos dramáticos de Valladares, Zabala y Comella, ignoraba que entre aquellos primeros maestros de nuestro teatro, existía otro que podía marchar á par de ellos si no á su frente; que al través de aquellas magníficas joyas de nuestro Parnaso yacían injustamente olvidadas otras no menos acreedoras á su favor, como *El vergonzoso en palacio*, *Marta la piadosa*, *Por el sótano y el torno*, *La villana de Vallecas* y *La Gallega Mari Hernandez*.

El sábio literato D. Dionisio Solís fué, puede decirse, el que descubrió y reveló al público á principios de este siglo aquel ignorado tesoro. Retocando con maestría hácia 1819 aquellas y otras muchas pro-

ducciones de Tirso de Molina, y dándolas á la escena donde por fortuna cayeron en manos de actores tan inteligentes como la Antera Baus, y la Josefa Virg, Juan Carretero y Pedro Cubas, produjo en el concepto público una reacción asombrosa en pró de aquel hasta entonces desdeñado autor.—El rey Fernando VII, asistiendo con una predilección marcada á sus comedias, y especialmente á la de *D. Gil de las calzas verdes*, contribuyó sin saberlo á aquella solemne reparación; y posteriormente los eruditos y celosos escritores D. Agustín Durán, D. Javier de Burgos, D. Alberto Lista y D. Juan Eugenio Hartzenbusch, con muy apreciables trabajos (especialmente este último en las dos colecciones de *Comedias escogidas de Tirso* hechas en estos últimos años bajo su esquisita diligencia), han analizado y discutido



(Adelaida.)

concienzuda y discretamente el gran mérito de tan insigne autor, y por resultado de aquellos trabajos (á que con nuestra notoria inferioridad tuvimos el gusto de asociarnos), y á consecuencia de aquella solemne reparación en nuestra escena, la fama de Tirso de Molina está hoy sólidamente asegurada, y su ilustre nombre colocado en nuestro Parnaso á par de los de Lope, Moreto y Calderon.

R. DE M. R.

COMEDIAS CONOCIDAS

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

Alvaro (D.) de Luna 1.^a y 2.^a parte.
Amar por razon de estado.

Amar por señas.
Amantes (los) de Teruel.
Amor (el) y la amistad.
Amor (el) médico.
Amar por arte mayor.
Amor y celos hacen discretos.
Amazonas (las) de las Indias.
Antona Garcia.
Aguiles (el).
Arbol (el) del mejor fruto.
Averigüelo Vargas.
Burlador (el) de Sevilla y Convidado de piedra.

Beatriz (doña) de Silva.
 Balcones (los) de Madrid.
 Caballero (el) de Gracia.
 Castigo (el) del Pensé qué.
 Cautela contra cautela.
 Celosa (la) de si misma.
 Celoso (el) prudente.
 Celos con celos se curan.
 Cobarde (el) mas valiente.
 Como han de ser los amigos.

Condenado (el) por desconfiado.
 Condesa (la) bandolera.
 Conquista (la) de Valencia por el Cid.
 Dama (la) melindrosa.
 Dama (la) del olivar.
 Desde Toledo á Madrid.
 Del enemigo el consejo.
 Eleccion (la) por la virtud.
 Esto sí que es negociar.
 Escarmientos para el cuerdo.



(Cabezota.)

Fingida (la) Arcadia.
 Firmeza (la) en la hermosura.
 Gil (D.) de las calzas verdes.
 Honroso (el) atrevimiento.
 Huerta (la) de Juan Fernandez.
 Joya (la) de las Montañas.
 Lealtad (la) contra la envidia.
 Lagos (los) de san Vicente.
 Mari Hernandez la Gallega.
 Maria la piadosa.
 Mayor (el) desengño.
 Mejor (la) espiga lera.
 Melancólico (el).

Muger (la) que manda en casa.
 Muger (la) por fuerza.
 No hay peor sordo que el que no quiere oír.
 Palabras y plumas.
 Peña (la) de Francia.
 Pretendiente (el) al revés.
 Privar contra su gusto.
 Por el sótano y el torno.
 Prudencia (la) en la muger.
 Quien calla otorga.
 Quien habló pagó.
 Quien no cae no se levanta.
 Quien da luego da dos veces.

Quinas (las) de Portugal.
 Reina (la) de los reyes.
 República (la) al revés.
 Romera (la) de Santiago.
 Santa Juana, 1.^a y 2.^a parte.
 Santo y Sastre.
 Siempre ayuda la verdad.
 Tanto es lo demás como lo de menos.
 Todo es dar en una cosa.
 Venganza (la) de Tamár.
 Ventura (la) con el nombre.
 Ventura te dé Dios hijo.
 Vergonzoso (el) en palacio.
 Vida de Hércules.
 Vida y muerte de Herodes.
 Villana (la) de la Sagra.
 Villana (la) de Vallecas.

ENTREMESES.

La venta.
 Los alcaldes, cuatro partes.
 El gabacho ó las lenguas.
 El negro.
 Las viudas.
 El duende.
 Los coches de Benavente.
 La malcontenta.

DOÑA FORTUNA Y DON DINERO.

CUENTO POPULAR.

Pues señores, vengamos al caso: era este, que vivían enamorados doña Fortuna y D. Dinero, de manera que no se veía al uno sin el otro; tras de la sogá anda el caldero; tras doña Fortuna andaba D. Dinero: así sucedió que dió la gente en murmurar, por lo que determinaron casarse.

Era D. Dinero un gordote rechoncho con una cabeza redonda de oro del Perú, una barriga de plata de Méjico, unas piernas de cobre de Segovia, y unas zapatitas de papel de la gran fábrica de Madrid.—Doña Fortuna era una locona, sin fé ni ley, muy *raspagona*, muy *rala*, y mas ciega que un topo.

No bien se hubieron los novios comido el pan de la boda, que se pusieron de esquina: la muger quería mandar; pero D. Dinero que es engreído y soberbio, no estaba por ese gusto.—Señores, decía mi padre (en gloria esté) que si el mar se casase había de perder su braveza; pero D. Dinero es mas soberbio que el mar, y no perdía sus ínfulas.

Como ambos querían ser mas y mejor, y ninguno quería ser menos, determinaron hacer la prueba de cuál de los dos tendría mas poder. «Mira, le dijo la muger al marido, ¿ves allí abajo en el *chueco* de un olivo aquel pobre tan cabizbajo y mohino? Vamos á ver cuál de los dos, tú ó yo, le hacemos mejor suerte.»

Convino el marido; enderezaron hácia el olivo, y allí se encamparon, él raneando, ella de un salto.

El hombre, que era un desdichado que en la vida le había echado la vista encima ni al uno ni al otro, abrió los ojos tamaños como aceitunas cuando aquellos dos Usias se le plantaron delante.

—¡Dios te guarde!—dijo D. Dinero.

—Y á Usia también,—contestó el pobre.

—¿No me conoces?

—No conozco á su merced sino para servirlo.

—¿Nunca has visto mi cara?

—En la vida de Dios.

—Pues qué, ¿nada posees?

—Si señor; tengo seis hijos desnudos como cerrojos, con gañotes como calcetas viejas; pero en punto á bienes, no tengo mas que un *coje* y *come* cuando lo hay.

—¿Y estás aquí aguardando algo?

—¡Yo aguardar!—Como no sea la noche.....

—¿Y por qué no trabajas?

—¡Toma!—porque no hallo trabajo. Tengo tan mala fortuna, que todo me sale torcido como cuerno de cabra; desde que me casé, pareció que me había caído la helada, y soy la *prosulta* de la desdicha, señor! (1) Ahí nos puso un amo á labrarle un pozo á estajo, *aprometiéndonos* sendos doblones cuando se le diese rematado; pero antes no soltaba un maravedís; asína fué el trato.

—Y bien que lo pensó el dueño, dijo sentenciosamente su interlocutor, pues dice el refrán: dineros tomados brazos quebrados.—Sigue, hombre.

—Nos pusimos á trabajar echando el alma, porque aquí donde su merced me ve con esta facha ruin, yo soy un hombre, señor.

—¡Ya! dijo don Dinero, en eso estoy.

—Es, señor, repuso el pobre, que hay cuatro clases de hombres; hay *hombres* como son los *hombres*; hay *hombrecillos*, hay *monica-cos* y hay *monicaquillos*, que no merecen ni el agua que beben.—Pero como iba diciendo, por mucho que cavamos, por mas que ahondamos, ni una gota de agua hallamos.—No parecía sino que se habían secado los centros de la tierra; nada hallamos, señor, á la fin y á la postre, sino un zapatero de viejo.

—En las entrañas de la tierra! exclamó D. Dinero indignado de saber tan mal avecinado su palacio solariego.

—No señor, respondió el pobre, no en las entrañas de la tierra, sino de la otra banda, en la tierra de la otra gente.

—¿Qué gentes, hombre?

—Las *antripulas*, señor.

—Quiero favorecerle, amigo, dijo D. Dinero metiendo al pobre pomposamente un duro en la mano.

Al pobre le pareció aquello un sueño, y echó á correr que volaba; que la alegría le puso alas á los pies; arribó derechito á una panadería y compró pan; pero cuando fué á sacar la moneda, no halló en el bolsillo sino un agujero, por el que se había salido el duro sin despedirse.

El pobre, desesperado, se puso á buscarlo; pero qué había de hallar! Cochino que es para el lobo, no hay San Anton que le guarde.—Tras el duro perdió el tiempo, y tras el tiempo la paciencia,—y se puso á echarle á su mala fortuna cada maldición que abría las carnes.

Doña Fortuna se tendía de risa; la cara de D. Dinero se puso aun mas amarilla de coraje; pero no tuvo mas remedio que rascarse el bolsillo y darle al pobre una onza.

A este le entró un alegrón que se le salía el corazón por los ojos. Esta vez no fué por pan, sino á una tienda en que mercó telas para echarles á la muger y á los hijos un rocioncito de ropa encima.—Pero cuando fué á pagar y entregó la onza, el mercader se puso por esos mundos diciendo que aquella era una mala moneda, que por lo tanto sería su dueño un monedero falso,—y que lo iba á delatar á la justicia.—El pobre al oír esto se abochornó y se le puso la cara tan encendida que se podían tostar habas en ella; tocó de suela, y fué á contarle á D. Dinero lo que le pasaba llorando por su cara abajo.

Al oírlo doña Fortuna se desternillaba de risa, y á D. Dinero se le iba subiéndola mostaza á las narices.—Toma, le dijo al pobre dándole dos mil reales; mala fortuna tienes, pero yo te he de sacar adelante, ó he de poder poco.

El pobre se fué tan enagenado, que no vió hasta que se dió de narices con ellos á unos ladrones que lo dejaron como su madre lo parió.

Doña Fortuna le hacia la mamola á su marido, y este estaba mas corrido que una mona.—Ahora me toca á mí, le dijo, y hemos de ver quién puede mas, las faldas ó los calzones.

Acercóse entonces al pobre que se había tirado al suelo, y se arrancaba los cabellos; y sopló sobre él. Al punto se halló este debajo de la mano el duro que se le había perdido. Algo es, dijo para sí, vamos á comprarles pan á mis hijos, que ha tres días que andan á medio sueldo, y tendrán los estómagos mas limpios que una *paterna*.

Al pasar frente de la tienda en la que había mercado la ropa, lo llamó el mercader, y le dijo que le había de disimular lo que había hecho con él;—que se le figuró que la onza era mala, pero que habiendo acertado á entrar allá, el contraste le había asegurado que la onza era buenísima, y tan cabal en el peso, que mas bien le sobraba que no le faltaba:—que ahí la tenía, y además toda la ropa que había apartado, que le daba en cambio de lo que había hecho con él.—El pobre se dió por satisfecho, cargó con todo, y al pasar por la plaza, cate usted ahí que una partida de Napoleones de la guardia civil traían presos á los ladrones que le habían robado, y en seguida el juez, que era un juez como Dios manda, le hizo restituir los dos mil reales, sin costas ni mermas. Puso el pobre este dinero con un compadre suyo en una mina, y no bien habían ahondado tres varas, cuando se hallaron un filon de oro, otro de plata, otro de plomo y otro de hierro. A poco le dirigieron *Don*, luego *Usia*, y luego *Excelencia*.

Desde entonces tiene doña Fortuna á su marido amilanado y metido en un zapato, y ella mas casquivana, mas desatinada que nunca. Sigue repartiendo sus favores sin ton ni son, al buen tun tun, á tontas y locas, á ojo de buen cubero, á la buena de Dios, á cara y cruz, á manera de palo de ciego, y alguno alcanzará al narrador si le agrada el cuento al lector.

FERNAN CABALLERO.

(1) No hemos podido averiguar el origen ni procedencia de esta palabra usual en el pueblo; y creemos que sea una corrupción del *non plus ultra* latino.



EL MAESTRO VICENTE ESPINEL.

La desgracia ha perseguido aun mas allá del sepulcro al maestro Vicente Espinel; pues nació pobre, no murió rico, y despues de su muerte, si se ha hecho alguna memoria de su nombre, ha sido para zaherirle ó para tener que defenderle.

Nació en el arrabal de Ronda llamado el Mercadillo, y se bautizó en la parroquia de santa Cecilia el domingo 28 de diciembre de 1531. Fué hijo de Francisco Gomez y de Juana Martin, descendientes de conquistadores de aquella ciudad, que tenían hacienda de repartimiento de los Reyes Católicos, aunque despues la perdieron de resultas de una fianza. El apellido Espinel lo tomó de su abuela materna, uso ó abuso muy comun en aquellos tiempos.

Se ignora el motivo por qué hizo sus primeros estudios en Salamanca; pero no el que fué discípulo en la lengua latina del célebre Juan Causino, y que logró en aquella ciudad una beca en el colegio de san Pelayo.

El reinado de Felipe II, nada pacífico, le proporcionó el gusto que entonces dominaba de correr mundo, bajo el honroso pretexto de las armas, y así se alistó en ellas tal vez atraído de aquellos valerosos españoles, que vió en la escuadra llamada la Vizcaina, al mando de don Miguel de Oquendo, que era el ala derecha de la famosa Invencible, que despues de su desgraciada dispersion arribó á Santander.



(Espinell.)

Con el ejercicio de soldado corrió mucha parte de España, Francia é Italia; y en Milan, á últimos del año de 1580, tuvo el encargo de la composicion, traza, historia y versos que se emplearon en las famosas exequias celebradas por el alma de la señora doña Ana de Austria, muger del señor Felipe II, en las que predicó el arzobispo san Carlos Borromeo, y mereció ser preferido en esta comision á Anibal Tolentino.

Fuó muy versado en la música, y se preciaba de ser inteligente en ella, no siendo la menor prueba de esta verdad el haber añadido sexta cuerda á la vihuela, que hace el bajo, alma de la música, que con su gravedad auxilia al tiple, lo corrige y dulcifica; y lo que él mismo cuenta de un caballero que oyendo cantar una estancia de unas rimas que le habia compuesto para su dama, y empiezan:

«Rompe las venas del ardiente pecho,
«Ninfa cruel, y con sangrienta llaga,
«Abre camino al corazon difunto,
«Verás de mi dolor la injusta paga.

sacó la daga, y se hubiera abierto el pecho con ella, á no habérselo impedido.

Si de la música no nos han quedado mas documentos que las referidas especies para acreditar de gran músico á Espinel, no así de la

poesía para calificarle por uno de nuestros buenos poetas; pues además de haber sujetado á su correccion sus versos Lope de Vega Carpio, y merecer de este unos elogios no comunes en su *Laurel de Apolo*, Lupericio Leonardo de Argensola le llama Pindaro moderno; y el inimitable Cervantes dice en su canto de Celiope.

....Que al cielo aspira

Ora tome la pluma, ora la lira.

Las composiciones del maestro Espinel, recogidas en un tomito impreso con el titulo de *Ruinas*, en Madrid en 1591, aprobado por don Alonso de Ercilla, que las califica con buenos y agudos conceptos en gentil término y lenguaje, y que es lo mejor que ha visto, contienen diferentes géneros de versos en que brillan delicados pensamientos, naturales pinturas de paisajes deliciosos y sitios amenos, con mucha fluidez y armonia. Si se hubiesen hecho mas públicas sus canciones, epístolas y sonetos, serian capaces cada una de estas piezas poéticas de defender su criticado arte poético de Horacio.

La cancion que da principio

¡Ay! bien logrados pensamientos míos;

y las octavas que comienzan

El bien dudoso, el mal seguro y cierto;

Que el autor miraba como sus composiciones mas favoritas, salen por garantes de nuestro aserto.

Espinell, vuelto á su patria cargado de años, de trabajos, de conocimientos y esperiencia, se ordenó de sacerdote, y obtuvo un beneficio de sangre en Ronda: Felipe II le confirió la capellania de aquel hospital Real; y sin que se haya hasta ahora descubierto, por mas diligencias que se han hecho, el motivo que le condujo á Madrid, se sabe que se retiró de muy avanzada edad al recogimiento de santa Catalina de los Donados, en donde murió de cerca de 90 años, dejando oculta la série de su vida entretejida con varios sucesos estraños, en las relaciones que tituló *del escudero Marcos de Obregon*, impresas en esta corte en 1618, y reimprimadas despues en la misma en 1744: obra muy moral y bastante divertida, y que contiene especies muy raras y singulares.

Don Nicolás Antonio, despues de confesar que profesó y cultivó con lustre la música y poesia.... añade que Espinel fué autor de las décimas, de que se llamaron por esto Espinelas, aunque D. Gregorio Mayans lo niega, atribuyendo este honor á Juan Angel, y solo concediendo á aquel el haber variado el sitio y orden de la consonancia.

DELICIAS DE LA VIDA.

HISTORIA PRIMERA.

¡EN BAILE! ¡EN BAILE!

I.

Estamos en Madrid (me alegro mucho). Matilde vive con su madre y su hermana en una posicion, si no elevada, decente. Es una muger con mucha imaginacion, ó mejor dicho, una imaginacion con falda de muger. Posee ese talento que observa, pero que no preve, y esa gracia que pasa de jovial, hasta rayar en chocarrera. Es bella, segun todos dicen, pero tiene el suficiente talento para conocer que no es tan linda como los demas creen, ni tan fea como ella se supone. Sin embargo, tan pronto raciocina y obra como los demas, como concibe y raciocina de modo que parece un ser privilegiado. Es en fin, una niña que al tocar el limite de su feliz edad, lucha entre las contradictorias exigencias de la imaginacion y del temperamento.

Matilde contaba 16 años cuando su casa dió cabida á dos jóvenes que, si no mentaban las señas, aspiraban aunque con capa de amistad, á otro sentimiento mas dulce. La madre, ser privilegiado entre los que tienen la dicha de no pensar.... buena y candorosa muger, para quien la vida es una deliciosa cadena de goces materiales, recibió á los dos jóvenes en el seno de su familia con el placer mas cándido, y la mas ilimitada confianza. — Uno de ellos, llamado Alberto, niño todavia, pues aun no le apuntaba el bozo, como dice Ciceron de César, era uno de esos hombres á quienes la naturaleza ha dotado de una fealdad subida de punto, pero á los que suele dar en cambio un carácter burlesco y agresivo y una imaginacion de esas que todo lo ven al través de un mal prisma: el ridículo.

Este muchacho declaró su amor á Matilde á las primeras de cambio, y fué desechado por la jóven con toda la aversion que inspira á las de su edad un semblante feo y un carácter que halla ridículo cuanto toca.

El otro, llamado Antonio, egoista por temperamento y alegre por

costumbre, se contentó con la amistad de Matilde que les fué otorgada á ambos. Como no había amado nunca, dió á todos los sentimientos de su corazón el nombre de amistad, concediéndola señales y pruebas que solo al amor se otorgan. Sea lo que quiera, lo cierto es, que conociendo Alberto cuánto podría ganar no hablando de amor, pidiendo satisfacciones y manifestando sus sentimientos bajo la capa de la amistad, enderezó sus pasos por este camino, y en él le sonrió la fortuna.

En este tiempo acertó á aparecer en aquella *mansion amistosa* otro muchacho de facciones poco agradables, de antipática figura y de antecedentes no muy ventajosos. Prendióle, Matilde, y conociendo con *Lafontaine* que antes de mirar á la altura de los ojos conviene mirar la de los pies, propúsose observar y callar hasta que las circunstancias le apoyaran. Su aparición, criticada por todos, censurada por los dos amigos del neófito, y mal juzgada por Matilde, fué el peor augurio para el porvenir del nuevo pretendiente. Figuróse, sin embargo, Alberto que este muchacho, á pesar de tales antecedentes, pudiera ser un enemigo peligroso, y apelando á los medios comunes procuró desacreditarle en concepto de Matilde y de su madre, obligándolas á que emplearan, primero la reserva como insinuación de retirada, y después esa batería de proyectiles llamados desaires, que tan poderosos son en manos de las mujeres. Conoció el muchacho inmediatamente la ocasión del fuego, y reflexionando que el oncenno es no *estorbar*, tomó una tarde las de villadiego, jurando no volver á aquella casa. ¿Pero cómo podría nunca figurarse el resultado de su determinación?

Fué el caso, pues, que la caprichosa Matilde tuvo antojos de que Don Juan volviera á su casa, y dijo terminantemente á Alberto que no traspasara sus umbrales sino acompañado del prófugo. Conoció el joven de repente (rara perspicacia!) que amaba á Matilde mas de lo que creía, y en vez de hacerse superior á sus pasiones, alejándose para siempre del teatro de aquellas ridículas farsas en que había representado el principal papel, cedió desde luego á sus instancias, y tan blando de corazón como era dura Matilde de cabeza, fué recibido de nuevo el despreciado galán con palmas de triunfo por la mamá y la niña, cóncave tan superior á él en número como inferior en bellos sentimientos.

Aquí cambió la escena. Alberto murió en el concepto de Matilde, gracias á sus exigencias amistosas que iban ya tomando vuelo, y entró á ocupar su puesto aquel de quien se había dicho una tarde vista su obstinación en estorbar, que *cárcel de vergüenza*. Pasemos en silencio las escenas que entre todos tuvieron lugar: hubo amor verdadero por parte de D. Juan, celos, infundados todavía, por la de Alberto, nada y todo para ambos por la de Matilde, esperanzas dadas á Don Juan por la hermana que antes las había dado también á su compañero de pasión; y estoicismo ó indiferencia por parte de la mamá que miraba aquel cuadro, ó con la sonrisa del desprecio que dá la superioridad, ó con la de la estupidez que presta la ignorancia.

Los dos muchachos, en vez de concluir la cuestión *comme il faut*, demasiado filósofos ó demasiado cobardes, se dieron el brazo y se marcharon á pasear juntos, contándose mutuamente sus cuitas. Hoy feliz el que ayer era desventurado, pudieron á sus anchas apellidar coqueta á la mujer que no declaraba cual de ambos era verdadero dueño de su corazón, ó tontos á sí mismos que no tuvieron el suficiente valor para abandonar á una mujer que debía ser necesariamente la ruina de uno de ellos. Alberto, pues, desapareció, y D. Juan quedó triunfante, si no en el corazón, al menos en la cabeza de la joven á quien manifestó su amor, y ella engañándose á sí misma contestóle favorablemente. Si el primero dudaba mucho de haber hecho tan pronto efecto en el corazón de la mujer que tan injustamente le tratara, Matilde no estaba tampoco muy segura, puesto que unas veces miraba á Don Juan como al mas indiferente de sus amigos, otras con los arrebatos de la pasión mas vehemente. Muchas pruebas de afecto hubiera necesitado un hombre á quien el amor no tuviera ciego para creer en el repentino que Matilde por él decía sentir; pero el nuestro, confiado como todos, creyóla por fin, si bien después de varias discusiones, cortadas por el siguiente patron:

El. Matilde, V. no me ama! dígoles porque no veo en V. esos arrebatos, esas miradas, esas señales que tan pequeñas son, y que dicen tanto al corazón del hombre enamorado.—En V. no veo.... no veo.... en fin, no veo!...

Ella. ¡Es V. injusto! ¿por qué no cree lo que le digo? ¿dudo yo acaso de sus palabras?

El. Eso precisamente me afirma mas en mi opinion. Una persona que ama, debe dudarlo todo y creerlo todo á un mismo tiempo; debe dur á sus ojos el fuego de su pasión... en fin... debe....

Ella. ¿No tiene V. mis manos entre las suyas?...

El. Así las tenía siempre Alberto, de quien dice V. sin embargo que nunca fué mas que amigo....

Ella. ¿No tiene V. mi cintura entre sus brazos?

El. Lo mismo hacia....

Ella. ¡Basta! ¡Es V. muy injusto!... ¡Oh! (Una lágrima.)

El. ¡Ah! (Otra lágrima.)

(Pausa; ella se limpia, él tambien, y prosiguen.)

Lo cierto es que D. Juan creyó cuanto Matilde decía, y ambos entregados á la tontería llamada amor, pasaron un mes y otro, y otro, diciendo, haciendo y pensando lo mismo que cuando dicho sentimiento no existía en sus corazones.

Ambos jóvenes, él, muchacho de talento, según sus amigos; y su amada, muger de imaginación, tenían la condescendencia, si no de creerlo, al menos de decirlo; y ella, niña juguetona á veces, y grave á ratos, y con talento y gracia siempre, hubieran sido felices si Dios ó el diablo no lo hubieran dispuesto de otro modo.

Es cierto que Matilde amaba á Juan; pero tambien es cierto que del mismo modo escuchaba á Alberto que con su carita de ángel y con su amistosa apariencia, había vuelto á interpretar la conducta de la joven. Poco franca Matilde, tal vez porque guardase á Alberto mas consideración por su antigüedad, jamás le dijo á qué altura habían llegado sus conferencias con D. Juan. No le daba su amor, pero tampoco se oponía á que él la manifestase el suyo, y paso á paso quizá sin quererlo llegó á sentir lo mismo por el uno que por el otro. ¡Raro privilegio de muger, que un adúlador llamaria sin duda coquetería, pero que sin embargo tiene un nombre mas espresivo!

Tuvo D. Juan que hacer un pequeño viaje del que debía regresar muy pronto para unirse con Matilde. La separación fué terrible. Entonces la presión de la mano de ambos fué la que se emplearía para levantar una arroba, en vez de la suficiente para levantar una libra como antes acostumbraban. Tambien corrió ese arroyo de la mentira que llaman llanto, y que del mismo modo brota y el mismo color tiene en los ojos de una joven á quien se le ha muerto su perro favorito, que en los de aquellas á quien la muerte ha arrebatado un amante ó un esposo (1).

Indúl es decir que el joven, lleno de amor y de esperanzas, no pensó durante su ausencia sino en Matilde; no vivió sino para Matilde, y apresuró su marcha porque el mundo estaba para él vacío sin ella.

Habíanse pasado tres meses desde su partida, y no anunció su vuelta, para sorprender con ella á las personas que tanto le amaban. Llegó á Madrid á las 11 de la noche, esto es, á las horas del crimen como diría un ministro de Gracia y Justicia, empolvado mas de lo regular, y súcio como todo el que viaja.

Entra en la casa de su prometida y....

En el capítulo siguiente veremos el resultado imprevisto de esta sorpresa tan poco preparada.

L. M. DE LARRA.

FE, ESPERANZA Y CARIDAD.

La novela que lleva este título, y que tan buena acogida ha merecido del público, se está imprimiendo por tercera vez con un lujo y esmero poco común. El interés con que ha sido leída esta obra aun por aquellos que miran con prevención las novelas originales, y el fallo favorable de toda la prensa pronunciado, no en las gacetas de costumbre, sino en artículos firmados por críticos bien conocidos, aconsejaban que se hiciese una nueva edición de todo lujo de esta producción del Sr. Flores, cuya dedicatoria se ha dignado admitir S. M. I. Reina. Los tipos que estampamos en este número son muestra de los grabados que ilustran esta nueva impresión, solo comparable á las mas lujosas del extranjero, y recomendable ademas por su baratura.

EL POLACO DE LOS PARTICULARES.

María de Gonzaga, hija del duque de Nevors, que casó en 1643 con el rey de Polonia, llevó de Francia en su compañía una joven fresca, vivaracha y muy traviesa llamada la señorita de Melly. El rey, que era viejo, feo y gracioso, pero libertino, se cansó pronto de la reina, y se prendó de la camarista, lo cual la manifestó en términos demasiado claros para que ella no le entendiese. Pero la joven le dijo:

—Señor, no entiendo el polaco.

—¿Es posible? repuso el rey: pues me parece que demasiado bien entienda el que habla frecuentemente mi joven capitán de guardias.

—¡Oh Señor! replicó la muchacha, ese es el polaco de los particulares; pero el polaco de los reyes es otra cosa, y solo las princesas son capaces de entenderlo. Si V. M. lo permite y tiene á bien repetirme sus palabras, suplicaré á la reina que me las traduzca.

(1) Perdóneme el Tiempo; pero creo que por esta última pérdida no se llena de ningún modo.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacomatrezo, 26.